

# Hipodamia: el derecho a enamorarse de la mujer mitica

María Luisa PICKLESIMER  
*Universidad de Granada*

## *Abstract*

Taking as a starting point Hippodamia's story, this paper studies women's attitudes toward love and marriage in greek myth.

Muchas son las heroínas del mito griego que protagonizan historias de amor; si hemos escogido la figura de Hipodamía, la mujer de Pélope, como hilo conductor de nuestro estudio, es porque su historia conjuga los elementos más tópicos de las leyendas mitológicas que se centran en una mujer enfrentada al deseo amoroso.

1.- Hipodamía nació en el palacio real de Pisa, porque su padre, Enómao, era rey de la Elide. Nada sabemos de sus primeros años, como tampoco de la vida temprana de la mayoría de las heroínas míticas. La tradición sólo recoge la de algunas escasas doncellas cuya educación se salió de los moldes establecidos, como es el caso de Harpálice, hija del rey Harpálico de Tracia, de quien cuenta Higino (*Fab.*193) que su padre la educó como a un muchacho por carecer de descendientes varones. Pero esto ocurrió en Tracia, es decir, en uno de esos lugares en los que la tradición solía ubicar a aquellos personajes que, por su forma de vida, podían ser considerados bárbaros.

Entre el hilado de la lana y la preparación a las diversas actividades domésticas, la vida de la doncella mítica griega era normalmente pasiva y casta. Un relato de Partenio (*Narr.*55) pone precisamente de manifiesto la importancia que la sociedad confería a la castidad en la doncella: un oráculo había ordenado a Cidón, rey de Creta, que sacrificara una virgen a los héroes del país y, al echar a suertes quién sería la víctima, fue designada Eulímene, la propia hija del rey. Pero ella mantenía desde hacía algún tiempo relaciones íntimas con un joven llamado Licasto, quien creyó salvarla confesando sus amores a Cidón, puesto que el oráculo había

exigido una virgen. A pesar de todo, Eulímene fue sacrificada, porque el pueblo consideró que su amor ilícito era un motivo aún mayor para merecer la muerte.

Sin embargo, lo usual es que una relación de este tipo se castigue en el ámbito familiar. Es el padre quien hace morir a la doncella culpable, como Catreo de Creta, quien, según una de las tradiciones al respecto, encargó al viajero Nauplio que arrojase al mar a su hija Aérope, porque se había entregado a un esclavo<sup>1</sup>.

A veces el castigo es más cruel que la muerte, como es el caso de Métope, a quien su padre castigó por haberse entregado a su amante, de la manera horrible que cuenta Apolonio de Rodas (*Arg. IV*, 1092-95): *Y hace poco y no muy lejos el desenfrenado Equeto hincó unos alfileres de bronce en las pupilas de su hija, y ella ahora se consume en su triste desdicha, batiendo el bronce en una oscura cabaña*<sup>2</sup>.

No es de extrañar, por lo tanto, que algunas doncellas que faltan a la castidad, como Antíope, hija de Nictéo, se asusten ante las posibles consecuencias y prefieran escapar de su casa, a pesar de los muchos peligros que conlleva para una muchacha el carecer de la protección paterna; peligros que la tradición no olvida poner de relieve.

Otras intentan ocultar un embarazo delatador. Las que lo consiguen acostumbran exponer al niño, pero en muchos casos tanto la madre como el recién nacido son objeto de un castigo común. Un procedimiento usual es echar a ambos al mar, dentro de un cofre.

Cuando falta el padre, es el hermano quien impone el castigo. Cuenta Apolodoro (*Bibl. III*, 2, 1) que Altémenes y su hermana Apemósine se habían exiliado a Rodas porque un oráculo había advertido a su padre, el rey Catreo de Creta, que moriría a manos de uno de sus hijos. En Rodas, Apemósine fue violada por el dios Hermes, y dice Apolodoro: *Relató lo sucedido a su hermano, pero éste, creyendo que lo del dios era una excusa, la mató a patadas*<sup>3</sup>.

De hecho, a la hora de castigar el pecado contra la castidad, el jefe de la familia no siempre distingue entre la doncella que se entrega por amor y la que es víctima de una violación, ya que a menudo pone en duda el relato de la doncella, sobre todo cuando el agresor es un dios. Porque, cuando el violador o el raptor de una mujer es mortal, es él quien recibe el castigo de manos del padre o del

1. La tradición común, la que recoge Apolodoro (*Bibl. III*, 2, 1), dice que Catreo entregó a sus hijas Aérope y Clímene a Nauplio para que las vendiera como esclavas, por temor a un oráculo.

2. Tomamos las citas de Apolonio de GARCIA GUAL, C., *Apolonio de Rodas, El viaje de los Argonautas*, Madrid 1975.

3. Tomamos las citas de Apolodoro de RODRIGUEZ DE SEPULVEDA, M., *Apolodoro, Biblioteca*, Madrid 1985.

protector legal de la doncella. Cuentan de varios ríos que recibieron su nombre de violadores que se lanzaron a sus aguas y murieron para eludir el castigo. Cuando la doncella está prometida formalmente, es el novio quien a menudo cumple con la obligación de castigar al culpable: así, cuando Hilaíra y Febe, hijas del rey Leucipo de Mesenia, fueron raptadas por Cástor y Pólux, sus primos y prometidos Linceo e Idas fueron a vengarse y mataron a Cástor, aunque Pólux a su vez mató a Linceo.

Por otra parte, la tradición recoge diversos casos de mujeres violadas que se suicidaron por vergüenza. No sólo de doncellas, como Hipo y Molpia, dos muchachas de Leuctras que se ahorcaron tras ser violadas por dos Lacedemonios, sino también de mujeres casadas, como la pseudo-histórica Lucrecia; e igualmente de viudas, como es el caso de Dada, una viuda cretense que se mató con una espada tras ser violada por el heraldo que le debía servir de escolta en un viaje.

Si la doncella mítica debe ser ante todo casta, su pureza conlleva naturalmente la modestia, no sólo en el trato sino también en el atuendo. Propercio (I,2,19-24) dice de nuestra heroína:

*ni se atrajo su marido Frigio con falso candor  
Hipodamía, llevada sobre ruedas extrañas;*

presentándola, junto a otras varias doncellas, como modelo a imitar:

*Mas sus rostros presentábanse libres de gemas,  
cual se exhibe el color en las tablas de Apeles.  
No ansiaban vulgarmente atraerse amantes:  
bastante belleza les daba su modestia<sup>4</sup>.*

2.- Cuando Hipodamía salió de la infancia, Enómao se vió obligado a cumplir con la obligación que todo padre mítico tenía respecto a sus hijas: buscarles un marido. Cabían distintos procedimientos, si bien todos presentaban un común denominador: la doncella no tomaba en absoluto parte en la elección.

Sabemos, ciertamente, de algunas doncellas que fueron libres de enamorarse y de escoger marido. Como Filis, hija de un rey de Tracia, quien se enamoró de un hijo de Teseo (según las tradiciones, Acamante o Demofonte) cuando éste fue arrojado por el mar a la costa de Tracia a su regreso de Troya, y se casó con él. Así lo cuenta Apolodoro (*Ep.*6,16), que hace de Demofonte el

4. Traducción de CANO ALONSO, P.-L., *Propercio, Poemas*, Barcelona 1985.

héroe de la historia, aunque según otra tradición el extranjero sólo le prometió matrimonio. En cualquier caso, él marchó asegurando a su amada que volvería, y Filis, cuando perdió la esperanza de verlo regresar, se suicidó ahorcándose.

Otras fueron más felices, como Hilebia, hija del rey Egíalo de Cauno, ciudad de Caria, de quien sabemos por Partenio (*Erot.*1) que se enamoró del joven Lirco cuando éste llegó a la ciudad, y su padre accedió a entregar a su hija junto con una parte de su reino. Pero tampoco la felicidad de Hilebia fue completa, debido a la esterilidad de su unión, aunque fue tenida siempre como ejemplo de esposa leal.

En cualquier caso, Tracia y Caria son lugares extraños y remotos: en el mundo griego, la doncella es entregada por su padre al marido que él le haya elegido. La única excepción que recordamos es la posibilidad que ofrece Tindáreo a su hija Helena de escoger personalmente a su marido, pero sólo entre el número cerrado de los pretendientes oficiales que, obviamente, habían sido aprobados por el propio Tindáreo, y dado que él no sentía una predilección especial por ninguno de ellos.

Lo usual, pues, es que el padre de la doncella disponga la boda. Una posibilidad que se le ofrece es la de concertar directamente el enlace, a menudo con varones escogidos dentro de la propia familia, como hizo Leucipo al prometer a sus hijas Hilaíra y Febe con Linceo e Idas, hijos de su hermano Afareo; por cierto que los raptos de las muchachas, Cástor y Pólux, eran igualmente sus primos, por ser hijos de Tindáreo, otro hermano de Leucipo.

Cuando falta el padre, es el hermano que detenga la jefatura de la familia el encargado de buscar marido a la doncella. A Meleagro no le dió tiempo de cumplir con su deber para con su hermana Deyanira, porque murió en combate; pero cuenta Baquílides (*Epinicio* V) que, cuando Herakles bajó a los Infiernos para apoderarse de Cerbero, el alma de Meleagro salió a su encuentro y le pidió que se casara con su hermana, que estaba sin protección desde su muerte.

A menudo el padre escoge como yerno a un héroe a quien debe un favor, convirtiéndose así la doncella en recompensa. A veces se trata de pagar la ayuda recibida en una contienda bélica, como hizo el rey Creonte de Tebas al conceder la mano de su hija Mégara a Hérakles, por haberle éste ayudado en la guerra contra Orcómeno. Otras veces se trata de un favor mucho más personal, como en una historia que cuenta Esteban de Bizancio (s.v. *Súrna*) en la cual el rey Dameto de Caria dió a su hija Esmirna en matrimonio al médico Polidario, quien, tras naufragar en la costa del país a su regreso de Troya, curó a la doncella de una enfermedad muy grave.

La otra posibilidad que se ofrece a un padre es poner la mano de su hija como premio de un concurso abierto a todos los pretendientes que se quieran

presentar. A veces se trata de realizar una hazaña especialmente peligrosa, como cuando el rey Megareo ofreció la mano de su hija Evecme y la sucesión al trono a quien venciera al león del Citerón, que había dado muerte a su hijo Evipo.

Otras veces se trata de una competición deportiva, como cuando Icaro ofreció a su hija Penélope como premio de una carrera en la que tomarían parte todos los posibles pretendientes. Pero no siempre la competición se presentaba como un concurso único y abierto, sino que a menudo cada pretendiente había de competir por separado con el padre de la novia, o incluso con varios miembros de la familia, como es el caso de Eurito de Ecalia, quien, al decir de Apolodoro (*Bibl. II, 6, 1*), había prometido la mano de su hija Yole a quien lo venciera a él y a sus hijos varones en una competición de tiro al arco. Claro que Eurito era un excelente arquero.

En ocasiones, la prueba exigida al futuro marido sobrepasa los límites de una competición normal, lo que nos lleva a sospechar que se trate de motivos maravillosos procedentes de la epopeya heroica, en la que el héroe ha de afrontar peligros singulares como la lucha contra un dragón u otro monstruo, motivos que se encuentran de nuevo en el cuento popular europeo<sup>5</sup>. Por ejemplo, se cuenta que Pelias, rey de Yolcos, había decidido entregar la mano de su hija Alcestis -la más joven de sus hijas, como ocurre a menudo en el cuento- sólo a un hombre cuyo carro llevara uncidos juntamente un león y un jabalí. Por supuesto, esta condición parecía imposible de cumplir; pero, en la mejor tradición épica y folklórica, un dios -un hada o un genio en el cuento- viene en ayuda del héroe: en este caso es Apolo quien entrega al joven Admeto, enamorado de Alcestis, el inusual atelaje, y así la boda puede celebrarse.

Algunos padres, pocos es verdad, no buscan marido a su hija sino que la obligan a compartir el lecho de un huésped: les impulsa a ello el deseo de tener un nieto de especial valía. Es el caso del rey Piteo de Trecén -quien por otra parte era hijo de Pélope e Hipodamia-: cuando se hospedó en su casa el rey Egeo de Atenas, de regreso de consultar al oráculo de Delfos sobre la forma de obtener descendencia, Piteo lo unió a su hija Etra, sin saber Egeo quién era la muchacha, y de ese modo tuvo por nieto a Teseo, quien sería rey de Atenas. Más ambicioso fue el rey Tespio, padre de cincuenta hijas a las que hizo compartir el lecho de Herakles, y

5. De hecho, muchos de los motivos que solemos considerar míticos no proceden en realidad del mito, sino de la leyenda heroica, como por ejemplo la lucha de Perseo contra el dragón para liberar a Andrómeda; o también del cuento popular indoeuropeo, como el ofrecimiento de Alcestis a morir en lugar de su esposo Admeto. Sobre este último motivo, puede verse nuestro trabajo: "El papel de Herakles en la *Alcestis* de Eurípides", *Sodalitas* 3, Granada 1983. Como ejemplo de integración de elementos del cuento en un ciclo mítico, puede verse igualmente nuestro artículo: "Elementos folklóricos en la mitografía de Herakles", *Foro de las Ciencias y de las Letras* 5-6, Granada 1984.

consiguió así cincuenta y dos nietos, ya que la mayor y la menor tuvieron gemelos. En cualquier caso, este procedimiento se ajusta a lo habitual por cuanto la doncella ha de aceptar la unión que le impone su padre.

3.- Si Enómao no escogió directamente un marido para su hija, ni recurrió al procedimiento de una prueba abierta para los posibles pretendientes, fue porque en su corazón no deseaba verla casada.

Existen dos tradiciones distintas respecto a la razón que lo impulsara a actuar de ese modo. Una de ellas alude al socorrido oráculo, que en este caso habría advertido a Enómao de que su futuro yerno le daría muerte. Es bastante común en el mito la prohibición del amor a una doncella por causa de un oráculo. Así, Acrisio encierra a su hija Dánae para no ser muerto por su futuro nieto. Igualmente, según la tradición que recogen los trágicos, Auge fue consagrada a la diosa Atenea porque un oráculo advirtió que su futuro hijo mataría a sus tíos.

La otra tradición respecto a la actitud de Enómao al no querer casar a su hija la explica sin recurrir a la intervención divina: amaba a Hipodamía con un sentimiento más acorde con un corazón de amante que de padre. Apolodoro (*Ep.* II, 4) recoge esta tradición junto a la anterior: *El rey de Pisa, Enómao, tenía una hija, Hipodamía, y, bien porque él estuviese enamorado de ella, como dicen algunos, bien porque según un oráculo hubiera de morir a manos de su yerno, nadie la tomaba por esposa, pues el padre, al no haber podido convencerla para que se uniese a él, mataba a los pretendientes.* Por su parte Higino es más explícito, e incluye (*Fab.* 253) a Hipodamía y a su padre Enómao en una lista de personajes que mantuvieron relaciones ilícitas.

También es un motivo mítico usual el del amor incestuoso entre padre e hija, aunque suele tener siempre un final trágico. A veces es la hija quien sucumbe al amor, como es el caso de Mirra, que consiguió acostarse con su padre Ciniras con la complicidad de una sirvienta; pero el padre, cuando la reconoció, la echó horrorizado, y ella fue metamorfoseada en el árbol que lleva su nombre. Otras veces es el padre, como el rey tesalio Píaso, de quien cuenta Partenio (*Erot.* 28) que violó a su hija Larisa, y ella lo precipitó en un tonel de vino en el que murió ahogado.

Sea cual fuere la razón que impulsaba a Enómao, éste buscó el medio de matar a cualquier posible pretendiente. Al igual que otros padres míticos que no querían ver a su hija casada, imponía una prueba individual, imposible de superar, a cada pretendiente que se presentaba: había de competir en una carrera de carros con el propio Enómao, quien por otra parte poseía unos caballos *más veloces que el viento*, al decir de Higino (*Fab.* 84). La mano de Hipodamía sería el premio para el hipotético vencedor y la muerte para los que perdieran. Las cabezas de los

vencidos eran clavadas en las puertas de su casa<sup>6</sup>. Dieciseis nombres da Pausanias (VI,21,19), quien recoge la lista de las *Grandes Eeas*; trece fueron los muertos según Píndaro (*Ol.I,127*); doce, según Apolodoro (*Ep.II,5*).

En cualquier caso, demasiados muertos voluntarios, puesto que la carrera estaba perdida para cualquiera antes de su inicio. La descripción que ofrece Apolonio de Rodas (I,752-762) de una representación de la última carrera, en la que por fin Enómao es vencido, no ofrece dudas al respecto: *Por acá estaban figurados dos carros de combate. Y del de delante guiaba Pélope agitando sus riendas y junto a él estaba su compañera Hipodamía. En carrera tras él azuzaba Mírtilo sus caballos; y con él, Enómao, alzando su tensa lanza en la mano, caía de costado entre los cubos de las ruedas al quebrarse el eje de su carro, cuando se disponía a herir la espalda de Pélope.*

Vemos cómo Enómao daba ventaja a la salida al pretendiente -ventaja ciertamente engañosa ya que sus propios caballos eran, como hemos indicado, más veloces que cualesquiera otros-, para matarlo por la espalda cuando lo alcanzaba inevitablemente. Por otra parte, colocaba a Hipodamía en el carro del aspirante, lo que sin duda incidía en aminorar la velocidad del carro, al ir ocupado por dos personas. En la descripción de Apolodoro ésto no parece desventaja, puesto que Enómao lleva auriga, pero ya veremos al comentar su muerte que ésta implica que fuera solo en el carro.

4.- Pero Amor es un dios caprichoso que mueve al azar los hilos del destino. Si Hipodamía nunca había cuestionado la actuación de su padre, y había observado como simple espectadora la muerte innecesaria de los sucesivos pretendientes, su actitud cambió de repente el día en que vio aparecer en Pisa al joven Pélope, y decidió convertirse en protagonista de su propia historia. Pero el amor que sintió nacer en su corazón la llevó a cometer un crimen.

Porque, en el mito griego, la doncella que se enamora por sí misma, fuera del camino legal que le señala el jefe de la familia, se nos presenta siempre como un ser desviado, carente de todo freno y capaz de cometer los mayores crímenes. El amor espontáneo, lejos de ser un sentimiento positivo y gratificante, suele convertirse en un vehículo de dolor y de vergüenza.

La doncella enamorada puede cometer un crimen contra los dioses, la patria o la familia. Como ejemplo de crimen contra los dioses, podemos recordar la historia de Melanipo y Cometo, que recoge Pausanias (VII,19,1-10): Cometo era

6. No es inusual en el mundo mítico colgar al público las cabezas o los cráneos de los enemigos. También, por ejemplo, el gigante Anteo, que obligaba a los extranjeros a luchar con él y los vencía a todos, adornaba con sus cráneos los templos de su padre Posidón, según cuenta Píndaro (*Isthm. III,70*).

sacerdotisa del templo de Artemis en la ciudad de Aroe; ella y el joven Melanipo se enamoraron, pero las respectivas familias no accedían a su boda. Los jóvenes consumaron su amor en el interior del templo, lo que suponía un grave crimen de impiedad y trajo, como es natural, como consecuencia la cólera de la diosa. Artemis produjo diversas plagas en la comarca, hasta que el oráculo de Delfos ordenó que Cometo y Melanipo fueran sacrificados.

El crimen contra la patria suele situarse en el contexto de una guerra. Es el motivo típico de la doncella que entrega su ciudad porque se ha enamorado del jefe enemigo<sup>7</sup>. Sin duda es el más conocido el caso de Tarpeia, que abrió las puertas del Capitolio al sabino Tito Tacio cuando éste asediaba la ciudadela. Es de notar que todas las heroínas que traicionan a su patria en guerra reciben la muerte de manos del enemigo a quien han ofrecido la victoria.

A veces la traición a la patria conlleva un crimen contra el propio padre, el rey. Es de todos conocida la historia de Escila, hija de Niso de Mégara, que cortó el cabello del que dependía la vida, o según otros el poder, de su padre por amor a Minos, que sitiaba la ciudad.

Pero no siempre se sitúa el crimen contra un familiar en el contexto de una guerra. Así, cuando Medea, tras ayudar a Jasón a realizar las pruebas que su padre, el rey Eetes, había impuesto al extranjero, huye con él, es perseguida. Entonces mata a su hermano, el niño Apsirto a quien llevaba consigo, lo despedaza y tira sus restos al mar; el padre, al pararse a recoger los pedazos del cadáver, no puede alcanzar la nave en la que huyen Medea y Jasón.

Ahora bien, ¿por qué no dijo Hipodamía a su padre que amaba a Pélope, y que se negaba a verlo morir al término de la carrera fatal como a los demás? Ciertamente, podríamos pensar que conocía el oráculo o, si aceptamos la segunda tradición, que conocía los sentimientos que animaban a Enómao. Pero ninguna de estas causas se puede aplicar a otras doncellas míticas que, sin embargo, tampoco hablaron.

No habló, por ejemplo, Palene, hija de Sitón, un rey de Tracia, cuya historia presenta diversos puntos en común con la de Hipodamía, y que conocemos por Partenio (*Erot.*6). Tampoco su padre quería casarla y, al igual que Enómao, obligaba a los pretendientes a luchar con él y los mataba; hasta que, vencido por la edad, decidió otorgar su mano. En ese momento había dos pretendientes, llamados Driante y Clito, y Sitón decidió que se enfrentaran ambos en un combate singular y que el vencedor se casara con Palene. Pero ésta estaba enamorada de

7. Hemos estudiado el motivo de la doncella que traiciona a su patria en "Una "leyenda-tipo": la traición por amor", *Sodalitas* 2, Granada 1981.



Clito. Puesto que, al parecer, Sitón no tenía preferencia por ninguno de los aspirantes, parecería lógico que su hija le comunicara sus deseos. Sin embargo, Palene se limitó a llorar y consumirse de dolor hasta que, por consejo de su pedagogo, sobornó al auriga de Driante para que saboteara el carro de su amo, que murió.

5.- Decide, pues, Hipodamía conseguir el amor de Pélope, y para ello recurre a una estratagema cruel, valiéndose de un intermediario. Valerse de un miembro de la casa, generalmente un esclavo o criado, para conseguir con engaño unirse al ser amado es el procedimiento habitualmente utilizado por la doncella mítica. Ya vimos cómo Mirra utilizaba los servicios de una sirvienta para unirse a su propio padre, con el total desconocimiento de éste acerca de quién fuera la mujer que iba a unirse a él.

Este tipo de episodio recuerda en cierto modo el procedimiento ya comentado de los padres que llevan a su hija al lecho de un huésped insigne, quien supone que la mujer no es sino una simple esclava. Naturalmente, nada de esto sería posible si no se contara con la oscuridad como cómplice. Por otra parte, el extranjero que acepta a una esclava, pero no se uniría a la hija de su huésped, nos hace pensar que la obligación de castidad tenía mucho que ver con el status social.

En este sentido es curiosa la historia de Laódice, la "más bella de las hijas de Príamo", quien también utiliza el engaño para conseguir unirse a su amado, según la tradición post-homérica. Cuando Acamante, hijo de Teseo, llegó a Troya en una embajada para pedir la devolución de Helena, Laódice se enamoró de él. En este caso, la actuación de la doncella se aparta algo de lo habitual, por cuanto no es un sirviente a quien utiliza como intermediario sino una amiga, Filobia, la esposa del rey Perseo de Dárdano. Filobia decide ayudar a Laódice invitándola, e igualmente a Acamante, a un banquete y colocándolos en la mesa el uno junto al otro. Al terminar la fiesta, Laódice ha conseguido su objetivo: convertirse en amante del joven. Pero lo que llama la atención es que Filobia presenta a Laódice, no como hija del rey Príamo, sino como una cortesana de palacio. Es de suponer que, de haberla presentado como princesa real de Troya, Acamante no hubiera sucumbido a sus encantos. Esto no quiere decir que no se den casos de seducción, e incluso de violación, de la hija de un huésped, pero la tradición suele exculpar al extranjero presentándolo bajo los efectos de la embriaguez.

El caso de Hipodamía se aparta en dos puntos del esquema habitual: por un lado, es de suponer que su amor se vió correspondido a priori, puesto que Pélope había acudido a pedir su mano sin parar mientes en el peligro que encerraba la carrera de carros. Si bien es cierto que, según algunas fuentes, Pélope se asustó cuando hubo llegado a Pisa; dice así Higinio (*Fab.* 84,3): *Habiendo muerto muchos,*

*llegó por último Pélope, hijo de Tántalo y, cuando vio clavadas en las puertas las cabezas de los hombres que habían pedido a Hipodamía por esposa, comenzó a arrepentirse temiendo la crueldad del rey*<sup>8</sup>.

Por otro lado, la finalidad de Hipodamía no era disfrutar de unas horas de amor, sino conseguir un matrimonio legal. Ese objetivo implicaba la necesidad de eliminar a Enómao, ya que no parecía que fuera a estar jamás dispuesto a entregar a su hija a otro hombre, ni que pudiera ser vencido en la carrera, si ésta se celebraba sin trampas.

El servidor escogido es el auriga Mírtilo, joven de noble origen ya que hijo del dios Hermes, pero obligado por su condición de criado de Enómao a callar el amor que siente hacia Hipodamía. De este sentimiento que conoce se vale la doncella para conseguir la ayuda de Mírtilo, según algunas fuentes como Servio (*in Georg.III,7*), llegando incluso a ofrecerle su primera noche. Hipodamía encomienda al auriga el sabotaje del carro de Enómao, lo que provocará durante la carrera un accidente mortal para el rey, si bien existen diversas tradiciones al respecto. Apolodoro (*Ep.II,7*) recoge dos versiones distintas de la muerte del rey: *Mírtilo era el auriga de Enómao y, como amaba a Hipodamía, deseoso de complacerla, no puso pernos en los ejes de las ruedas e hizo así perder la carrera a Enómao, que enredado en las riendas fue arrastrado y murió; otros dicen que lo mató Pélope*. Una tercera versión, que recoge Diodoro Sículo (IV,73,5) dice que Enómao pierde la carrera sin morir en el accidente, pero que, incapaz de asumir su derrota, se suicida. Como ya adelantábamos, el accidente provocado parece excluir la posibilidad de que Mírtilo compartiera, en calidad de auriga, el carro de Enómao durante la celebración de la carrera, lo que implica una tradición distinta, y sin duda más coherente, de la presentada en la descripción antes vista de Apolonio de Rodas.

6.- Existen, por otra parte, dos variantes a esta tradición. La primera hace de Pélope el responsable de la muerte de Enómao, y estuvo lo suficientemente extendida como para que Ovidio se refiera a ella de pasada en una *Heroida* (XVI,209-10), como a un tema de sobra conocido por sus lectores; habla Paris, comparando su propia familia con la de Menelao, que era nieto de Pélope: *El padre de Príamo jamás se manchó las manos con la sangre del progenitor de su esposa, ni dejó la señal de su crimen en las aguas mirtoas*<sup>9</sup>. Aunque el propio Ovidio alude, en *Amores* III,2,15-17, a la intervención de Hipodamía: *¡Ah, qué cerca*

8. Tomamos las citas de Higino de RUBIO FERNAZ, S., *Higino, Fábulas: Mitología clásica*, Madrid 1987.

9. Las citas de las *Heroidas* son tomadas de la edición de A. ALATORRE, México 1950.

*estuvo Pélope de caer bajo la lanza del rey de Pisa mientras contemplaba tu rostro, Hipodamía! Y sin embargo él venció con la ayuda de su amada*, lo que parece indicar que la doble tradición seguía siendo igualmente popular.

Ciertamente, Pélope podía haber recurrido a diversos procedimientos para conseguir a Hipodamía. El más sencillo era sin duda el rapto, aunque hemos visto que el raptor solía ser castigado. Por cierto que Ovidio (*Her.* VIII, 65-70) alude a la unión de Pélope e Hipodamía calificándola de rapto: *¿Acaso el sino de mi estirpe, que ahora se ceba en mi vida, habrá de condenarnos por siempre a las hijas de Tántalo a ser presa de una mano raptora?... ahí está Hipodamía, robada por un extranjero en su carro, en ese lugar en que el Istmo se tiende a lo largo, separando dos mares*; pero no parece que estos versos reposen sobre ninguna variante conocida.

También podía haber recurrido Pélope a una estratagema, como diversos héroes enamorados de doncellas. Tenemos a Hipómenes, o según algunas fuentes a Melanión, quien deseaba casarse con Atalanta y a tal fin compitió con ella en una carrera a pié<sup>10</sup>. Como la doncella era una corredora inalcanzable, y había dado ya muerte a numerosos pretendientes vencidos, el joven, en medio de la carrera, lanzó ante Atalanta tres manzanas de oro recibidas de Afrodita, y la doncella, al detenerse para recogerlas, perdió su ventaja.

Más elaborada, si bien no menos conocida que la anterior, fue la estratagema urdida por Acontio para conseguir a Cidipe. Hallándose la doncella en el templo de Artemis en Delos, le lanzó un membrillo con la inscripción: "Juro por el templo de Artemis que me casaré con Acontio"; al leer Cidipe la inscripción en voz alta, quedó atada a su pesar por el juramento.

Pélope, sin embargo, recurrió en esta variante a sobornar a Mírtilo. Según Diodoro Sículo (IV, 73,55), quien por otra parte no explica qué fue lo que hizo el auriga, sólo para conseguir la victoria; pero según el resto de las fuentes para matar a Enómao, en la misma forma que en la tradición que atribuye el crimen a Hipodamía. El premio ofrecido es, según Higino (*Fab.* 84), la mitad del reino, si bien en una variante que recoge Pausanias (VIII, 14, 11) es una noche con Hipodamía. Mírtilo cumple con su parte del trato, y Enómao muere de la manera que hemos comentado.

10. Es ciertamente atípico que los pretendientes compitan con la propia doncella y no con su padre, pero el personaje de Atalanta se aparta por completo del modelo de doncella mítica. Por otra parte, es una figura confusa, que en unas fuentes ha hecho voto de castidad y en otras mantiene relaciones íntimas con Meleagro; algunos autores distinguían dos Atalantas distintas, pero A. RUIZ DE ELVIRA (*Mitología Clásica*, Madrid 1975, p. 330) supone que en su origen era un solo personaje, "cuya duplicación sería una confusión nacida de las variantes, sobre todo genealógicas".

La última variante respecto a la victoria de Pélope se encuentra en Píndaro, y no parece haber sido recogida por otros autores. En la primera *Olímpica*, Pélope, que se atrevió a soñar aquella boda, pide la ayuda de Posidón (vv.75-58):

*Y Pélope le dijo: "Posidón, si los presentes amables que hace  
Cipris algún hechizo  
tienen, trábame la broncea azagaya de Enómao  
y llévame en tu carro más ligero  
a la comarca de Elide, lograda la victoria"<sup>11</sup>.*

Y el dios (v.87) le dio su carro de oro, con caballos de infatigables alas, gracias a los cuales ganará la carrera limpiamente.

Por supuesto, el regalo mágico que hace una divinidad a un héroe para que consiga realizar una prueba es un motivo usual en la epopeya heroica, y podría proceder de algún relato épico perdido, pero el hecho de que esta variante aparezca en una sola fuente hace sospechar que no se trate de una tradición existente, sino de una innovación de Píndaro. Hemos de tener en cuenta que estamos ante la primera *Olímpica*, y que Pélope fue, según la tradición más antigua, el primer fundador de los juegos<sup>12</sup>. Georges Méautis explica así la elección de Píndaro: "Evidamment Pindare met en pratique le précepte qu'il a donné lui-même dans la IIIe Pythique au vers 83: "Ne montrer des choses que leur beau côté". Pour lui, Pélops ne doit la victoire qu'aux chevaux donnés par Poséidon. Il ignore, il veut ignorer, il passe sous silence une autre tradition, qui attribue la victoire à la trahison de Myrtilos"<sup>13</sup>.

7.- *Derrotado Enómao, la doncella con él vivió en su lecho: seis hijos engendró, seis príncipes virtuosos.* Con estas palabras de Píndaro (*Ol.I,88-89*) deberíamos poder finalizar nuestra historia. Dejar a Hipodamía felizmente casada, criando con esmero a sus hijos.

Porque ser madre es el papel principal de la mujer mítica, hasta el punto de que diversas heroínas fueron repudiadas por su esposo a causa de su esterilidad. Aunque realmente un marido podía separarse de su mujer simplemente para casarse con otra: recordemos a Jasón abandonando a Medea con sus hijos; o a Príamo de Troya, quien "cedió", según dice Apolodoro (*Bibl.III,12,5*), su primera esposa

11. Tomamos las citas de las *Olímpicas* de SAMARANCH, F.P., *Píndaro, Olímpicas*, Madrid 1973.

12. La tradición común suele atribuir la fundación de los juegos Olímpicos a Herakles. El propio Píndaro cuenta en la décima *Olímpica* que el héroe los instituyó después de su victoria sobre Augías.

13. MEAUTIS, G., *Pindare le Dorien*, Neuchâtel 1962, p.127.

Arisbe a Hírtaco para casarse con Hécuba, y ello después de que Arisbe le hubiera dado un hijo.

La esposa, por su parte, jamás soñaría en hacer algo semejante, porque su obligación ineludible es ser fiel a su marido. Una fidelidad, por otra parte, que la ata hasta más allá de la muerte del esposo. Es cierto que en el mito aparecen viudas que se vuelven a casar -incluso alguna, como Penélope, parece obligada a ello-, pero es curioso que la tradición recoja un primer caso como algo novedoso y llamativo. Se contaba, en efecto, que Gorgófone, hija de Perseo y Andrómeda, fue la primera mujer griega que contrajo un segundo matrimonio, tras la muerte de Perieres, su primer marido, y que hasta entónces las viudas no debían volverse a casar.

En este sentido es curiosa la historia de Laodamía, hija de Acasto. Muy poco después de su boda perdió a su esposo Protesilao, que fue el primer héroe griego que murió ante Troya. Después de conseguir de los dioses que le devolvieran al difunto por el espacio de tres horas, y no pudiendo vivir sin él, confeccionó una estatua de cera, réplica exacta de Protesilao. Y cuenta Higino (*Fab.104,2*): *Una mañana un criado que le llevaba frutos para el sacrificio, miró por una rendija y vió que abrazaba y besaba la imagen de Protesilao. Pensando que estaba cometiendo adulterio, lo comunicó a su padre, Acasto.* El padre, al ver la estatua y diversos objetos de culto al difunto, lo quemó todo en una pira y Laodamía, desesperada, se lanzó al fuego.

Vemos cómo una viuda joven vuelve a estar bajo la tutela de su padre, pero sobre todo llama la atención que Higino hable de "adulterio" en ese contexto. Y suponemos que, de haber sido cierto que Laodamía mantenía relaciones con un hombre, su destino hubiera sido el de una adúltera cualquiera. Porque la esposa que falta a la fidelidad es merecedora, al igual que la doncella que falta a la castidad, de la muerte. Algunas se adelantan al castigo, como Clitemnestra que mata a su esposo Agamenón, pero ello no es lo usual. Otras, al verse rechazadas por el hombre con el que han pretendido cometer adulterio, lo calumnian acusándolo de haberlas querido forzar y consiguen a menudo su muerte; quizá por despecho, pero mucho más probablemente por miedo a ser a su vez acusadas<sup>14</sup>.

Por otra parte, el amor desmedido de Laodamía, como también el de Clite, que se ahorcó cuando su marido Cícico murió, igualmente poco después de su boda, se apartan de la conducta normal de una esposa. Porque, si ésta tiene la ineludible obligación de ser fiel a su marido, nadie dijo jamás que tuviera

14. Es el conocido motivo de "la mujer de Putifar", que se repite a menudo en la tradición griega. Sin duda el caso más conocido es el de Fedra, por su trayectoria en el teatro europeo.

obligación de amarlo. De respetarlo sí, de obedecerle, de honrar su memoria si moría, pero no, en el sentido que podemos darle hoy, de amarlo.

Algunas se suicidaron, mataron incluso, al perder al esposo. La mujer de Peleo, por ejemplo, se ahorcó cuando le llegaron falsas noticias de que su marido iba a abandonarla para casarse con otra. Medea mató a su rival Creusa, por quien la iba a abandonar Jasón. Alcestis se ofreció a morir en lugar de su esposo Admeto. Pero no nos consta que las impulsara el amor. El despecho, la sensación de desamparo, el odio a la rival, el respeto y la sumisión en el caso de Alcestis: cualquier sentimiento pudo impulsarlas. Al comentar las *Danaïdes* de Esquilo, obra en la que las cincuenta hijas de Dánao matan a sus respectivos esposos en su noche de bodas por orden de su padre, excepto una sola, Hipermestra, dice Méautis: "En une tragédie perdue qui était certainement une de ses plus belles, les Danaïdes, il met en scène Aphrodite défendant Hypermestre, la seule qui n'eût pas tué son mari, non certe parce qu'elle l'aimait, mais parce que l'instinct maternel s'était éveillé en elle, parce qu'elle voulait un enfant"<sup>15</sup>.

8.- Las palabras de Píndaro no nos sirven para finalizar nuestra historia. Sin duda, Hipodamía fue una madre amante y fue también, puesto que no nos consta lo contrario, una esposa fiel. Pero no fue desde luego una mujer feliz. Llegó incluso a cometer, o a inducir a un asesinato, en la persona de Crisipo, hijo bastardo de Pélope, por lo que según unas fuentes fue ajusticiada por Pélope, y según otras fue desterrada, muriendo en el exilio. Tampoco sus hijos fueron felices, en particular Atreo y Tiestes, ni los hijos de sus hijos, entre los que se cuentan Agamenón y Menelao.

Pero tantas desdichas no fueron gratuitas, no sobrevinieron por un capricho de los dioses: todo tuvo su origen en la muerte de Mírtilo, el auriga. Así se lamenta Electra, biznieta de Hipodamía, en el *Orestes* de Eurípides (v.988ss.): *...mi familia, que tantos males ha sufrido desde que Pélope, lanzando en rápida carrera a sus cuatro yeguas, mató a Mírtilo precipitándole en el mar, en las ondas espumosas de Gerestia, a lo largo de las riberas! Desde entonces cayó sobre nuestra familia la execración lamentable...*<sup>16</sup>

Mírtilo, como ya vimos, cumplió su parte del trato, sea quien fuera quien se lo propuso. Y, lógicamente, esperó recibir su recompensa. Aquí las tradiciones difieren en la misma medida en que diferían respecto al instigador del crimen. Ora,

15. Op. cit., p. 112.

16. Traducción de GOMEZ DE LA MATA, G., *Eurípides, Orestes-Medea-Andrómaca*, Madrid 1965.

como en Apolodoro (*Ep.*II,8), Mírtilo quiso cobrar por la fuerza el premio prometido por Hipodamía; ora, en la variante que hace de Pélope el culpable, éste no quiso pagar lo convenido o simplemente, como dice Higino (*Fab.*84,5), pensó que la presencia de Mírtilo sería un oprobio para él.

En cualquier caso, todas las fuentes coinciden en lo que ocurrió a continuación: Pélope despeñó a Mírtilo desde un acantilado, y el auriga cayó a las aguas que después llevaron su nombre, cerca del cabo Geresto. Sin duda Mírtilo merecía la muerte por haber traicionado a su señor, pero es innegable que el precio por su traición le era justamente debido. Por ello, como cuenta Apolodoro (*Ep.*2,8), *Mírtilo durante la caída maldijo el linaje de Pélope.*

En realidad, Mírtilo cometió un crimen por nada. Lo único que recibió a cambio fue, a su vez, una maldición: dice Apolodoro (*Ep.*II,7) que *Enómao moribundo, enterado de la maquinación de Mírtilo, lo maldijo rogando que pereciera a manos de Pélope.* Es así que la muerte de Enómao tuvo como consecuencia la de Mírtilo, y la muerte de Mírtilo la desgracia para una familia a través de generaciones.

Pero, en último término, la "execración lamentable" que, en palabras de Eurípides, recayó sobre la descendencia de Pélope tuvo su origen el día en que la doncella Hipodamía, allá en su tierra de Pisa, decidió, rompiendo cualquier molde establecido, convertirse en protagonista de su propia historia.

## CONCLUSIONES

De este rápido repaso a los motivos más usuales en las leyendas mitológicas que enfrentan a la mujer con el amor, podemos extraer algunas constantes. Nótese que no hemos tratado en absoluto las relaciones amorosas de la mujer con un dios, porque, excepto por lo que tal aventura pueda repercutir en la vida familiar de la heroína, se salen del campo que pretendemos estudiar, esto es, el de la mujer mítica como exponente de la mujer griega arcaica.

Las constantes que podemos señalar son las siguientes:

1) En todas las tradiciones que conocemos, el oponente amoroso de la mujer es un varón: el mito no reconoce el amor entre dos mujeres.

Hay una única leyenda que presenta a dos muchachas enamoradas, si bien una de ellas cree que la otra es un varón; pero la oportuna intervención de una divinidad resolverá una situación que es presentada como un problema. Se trata de la historia de Ifis, una niña cretense a quien su madre hizo pasar por varón para

librarla de la muerte, ya que el padre había ordenado que, de ser hembra la criatura que iba a nacer, fuese expuesta. La madre le impuso el nombre de Ifis, que era común a ambos sexos, y todo fue bien hasta que una muchacha llamada Yante se enamoró de ella y fue correspondida. La madre suplicó a la diosa Isis, quien según el relato de Ovidio (*Met.* IX, 666ss.) se le había aparecido antes del parto conminándola a criar cualquier ser que diese a luz, y la diosa realizó el milagro de cambiar el sexo de Ifis, que pudo así casarse con su enamorada.

Al acceder a la súplica de la atribulada madre, la diosa no le concede en realidad un favor personal, sino que contribuye a que el orden moral del mundo mítico sea preservado. Por otra parte, el que la diosa sea Isis, y que no dispongamos de ningún testimonio anterior a Ovidio, hace sospechar que la historia no provenga del mito griego.

2) El mito presenta en diversas ocasiones el tema del incesto entre padre e hija, y en menor medida entre hermanos. Es curioso que no se den ejemplos entre madre e hijo, excepto el conocido caso de Edipo, pero éste se distingue del motivo usual por el hecho de que ninguno de los dos personajes tenía intención de cometerlo. Por cierto que en el mundo mítico no se considera incestuosa la relación entre tío y sobrina, que forma la base de muchos matrimonios<sup>17</sup>.

La relativa frecuencia con que aparece el motivo del incesto en el mito puede reflejar la existencia real de ese tipo de problema en el ámbito familiar y, en los casos en los que es la hija o hermana la instigadora, puede tener su origen en el modo de vida de la doncella mítica en general. En cualquier caso, hemos visto que la consecuencia del incesto suele ser fatal para los implicados. Y esto incluso cuando el delito es involuntario, como en el caso del tracio Pangeo quien, según el pseudo-Plutarco (*De fl.* III, 2), violó sin querer a su propia hija; al darse cuenta de lo que había hecho, Pangeo se suicidó traspasándose con su espada.

Existe un caso en el que el incesto es ordenado por los dioses, o al menos aconsejado, aunque no por ello el final de la historia deja de ser trágico. A Tiestes-hijo por otra parte de Pélope e Hipodamía, y por lo tanto sujeto a la maldición de Mítrilo- le había vaticinado un oráculo que sólo un hijo fruto de su unión con su propia hija Pelopia podría vengarle de su hermano Atreo, el cual había asesinado a los hijos de Tiestes y había expulsado a éste del trono. Tiestes obedeció el oráculo violando a su hija al amparo de la noche. Sólo muchos años después conoció Pelopia la identidad de su violador, cuando el oráculo estaba a punto de cumplirse:

17. Sobre el matrimonio entre tío y sobrina como práctica habitual en el mito, véase BERMEJO, J., *Mito y parentesco en la Grecia arcaica*, Madrid 1980.



en el acto se atravesó el pecho con una espada, la misma que había servido como prueba para descubrir los hechos.

3) Sí parece trascender el ámbito familiar la entrega amorosa de una doncella a un extraño; al menos, eso se desprende del caso de Eulímene que hemos comentado. Sin embargo, y aunque el problema implica ya a dos familias, no deja de ser el tutor legal de la mujer, el padre o en su defecto el hermano, quien en la mayoría de los casos impone un castigo a la muchacha, y en ocasiones también al amante.

Por otra parte, en los casos en que las relaciones amorosas no llegan a ser descubiertas, siempre hay algún factor externo que pone fin a la felicidad de la pareja, cuyos componentes por lo general mueren o se suicidan. La historia más conocida de este tipo es sin duda la de Hero y Leandro. Aunque ni en éste ni en los demás casos se explicita que la muerte sea la consecuencia del amor, la diversidad de historias con el mismo trágico final indica que en el mundo mítico las relaciones ilícitas, aún entre jóvenes solteros, eran consideradas como un delito grave. Y el conocimiento de esas historias debería sin duda enseñar a la doncella arcaica lo peligroso que resulta infringir las leyes de la moral.

Conocemos un caso único en el que faltar a la castidad supone la salvación para una doncella. Cuando Jasón y Medea huyen de Colcos y se refugian en casa del rey Alcínoo, el padre de la muchacha envía mensajeros para exigir su devolución. Según Apolonio de Rodas, Alcínoo duda un tiempo antes de tomar la siguiente decisión (IV,1106-09): *Si Medea es doncella, la enviaré para que la devuelvan a su padre. Pero si ha compartido el lecho con el extranjero, no la voy a apartar de su esposo, ni la entregaré a sus enemigos si lleva alguna descendencia en sus entrañas.* La continuación de la historia parece aclarar la intención de Alcínoo. Porque la reina organiza al punto una ceremonia formal de boda, lo que nos hace sospechar que la decisión de Alcínoo no reposaba sobre presupuestos éticos, sino más bien legales: se trataría de establecer si Medea permanecía aún bajo la tutela de su padre, o si había pasado ya a estar bajo la de su marido.

4) Hemos visto que a lo largo de toda su vida, desde la doncellez hasta la viudedad, la mujer mítica debe ser casta y pura. Si falta a la castidad, ha de ser en obediencia a su padre, como en el caso de Etra o de las hijas de Tespio, de igual modo que le obedece a la hora de aceptar un marido legal. Y hemos visto también que la mujer casada puede ser entregada por su marido a otro hombre, como ocurrió a Arisbe, la mujer de Príamo, si él no desea seguir teniéndola junto a sí. El entregar a la esposa, en lugar de abandonarla simplemente, como estaba

dispuesto a hacer Jasón, obedece sin duda al deseo de no dejar a la mujer desamparada sin la protección y tutela de un varón.

Por otra parte, diversas doncellas míticas hicieron voto de castidad por su cuenta, y se negaron en consecuencia a tomar marido, como Atalanta según la tradición que la presenta enfrentándose a sus pretendientes en una carrera que tiene la seguridad de ganar. Sin embargo, la castidad como elección personal aparece en el mito de una forma un tanto ambigua. Si bien no se refleja un rechazo familiar ni social ante tal decisión, y los padres suelen respetar el deseo de sus hijas, sí se recoge a menudo la intervención de Afrodita, ya sea para poner fin a esa situación o para castigar a la doncella. Recordemos que fue Afrodita quien proporcionó a Hipómenes las manzanas de oro gracias a las cuales consiguió a Atalanta.

Y esto no ocurre sólo con las doncellas. También Hipólito, el hijo de Teseo, fue castigado por su desprecio a los placeres del amor, suscitando Afrodita un deseo culpable en su madrastra Fedra.

Es igualmente una venganza de Afrodita lo que causa la existencia de la prostitución, que el mito no presenta en forma alguna como condicionada por razones económicas o sociales. Cuenta Ovidio (*Met.X,238-242*) que las Propétides eran unas doncellas que habían osado negar la divinidad de Afrodita, por lo que la diosa las impulsó a convertirse en las primeras prostitutas, si bien posteriormente las convirtió en piedras.

También atribuye el mito a una venganza de Afrodita muchos de los adulterios cometidos por heroínas míticas, si bien en estos casos la cólera de la diosa va generalmente dirigida contra el marido, y utiliza a la mujer como mero instrumento. Así castigó Afrodita a Diomedes, quien la había herido en el curso de una batalla ante Troya, empujando a su esposa Egialea a serle infiel, e incluso a intentar su asesinato a su regreso de Troya.

5) Si bien tanto los jóvenes como las doncellas recurren a veces a engaños o estratagemas para conseguir unirse al ser amado, llama la atención que los resultados sean tan diferentes. La estratagema del varón es por lo general positiva; sin embargo, cuando es la doncella quien intenta conseguir satisfacer un deseo amoroso, suele recurrir a un crimen y es castigada, más tarde o más temprano, por ello. En realidad, el mito no muestra un término medio entre la doncella casta y obediente, aquella que dará hijos y será fiel al marido que le imponga su padre, y la doncella enloquecida por el deseo, que será capaz de llegar al crimen para conseguir al hombre amado.

En este sentido, de los diversos casos que hemos recordado en este breve repaso a la mitología griega, posiblemente sea el más aleccionador el de Palene. Hemos visto cómo la actitud de Palene pasa de la pasividad del llanto a la

preparación del crimen, y que éste es considerado por el anciano pedagogo como la salida más viable para poner fin a la dolorosa incertidumbre de la muchacha. Esto muestra que la sola posibilidad de que la doncella interviniera en la elección de marido de una forma directa era totalmente impensable. Y cuando, al enterarse de lo ocurrido, el padre de Palene le da muerte, hemos de suponer que castiga juntamente el delito de asesinato y el de rebeldía.

De hecho, cuando Hipodamía prometió a Mírtilo entregarle su amor, siquiera por una noche, estaba prometiendo algo que legalmente nunca le perteneció.